

## X MENSAJE DE GONZALEZ PRADA

Su padre fue odiado, escarnecido, aislado, atacado en diarios, púlpitos y plazas públicas; incinerado en efigie y quemados todos sus libros; pero jamás agredido personalmente. Nunca una mano osó fustigar a bofetadas su rostro ni mercenario o fanático intentó el ademán homicida. Su personalidad era tan fuerte que producía la impresión de un hombre capaz de encararse a una asamblea tumultuosa y hostil, e imponerle silencio con sólo un gesto de su mano.

Como era uno de los más beligerantes escritores de hispanoamérica, la leyenda lo presentaba como un hombre violento y amargado. La realidad difería mucho: era tranquilo y pacífico, alegre y hasta juguetón. Pero lo más extraño es que esta diferencia, entre la impresión que producía y la realidad en que vivía, encuentra un curioso paralelo en sus escritos: su prosa es severa, y gran parte de sus versos, son satíricos y humorísticos, dice su hijo.

Era alto, muy erguido y de complejión atlética; de ojos azules, nariz perfecta, cabellos plateados, barbilla agresiva y un todavía más agresivo bigote. Solía caminar con gran dignidad, sin duda una de sus más saltantes características, atra yendo todas las miradas. El hijo había heredado su porte gallardo, perfectamente formado en el equilibrio del ejercicio físico y espiritual, con esos rasgos propios que inyecta el estudio en las facciones, en el mirar y se proyecta a través de los ojos y del semblante como auténtico abolengo del saber.

No tuvimos la satisfacción de verle personalmente. Nuestro trato ha sido epistolar y, a juzgar por las fotografías que de él conocemos, había adquirido los rasgos más salientes de su padre, en conducta, rectitud y dignidad. Cuántos han cultivado su amistad conservan de él imborrable recuer-

do, porque cuando no recibieron su palabra de aliento, su consejo de periodista, diplomático, universitario, y también su mano fue pródiga, abierta sin esperanza de retorno. Uno de sus más íntimos le considera poeta que refleja hondamente el arcano cósmico de la guerra; como crítico de arte de estilo moderno y alado, que evidenció siempre las más altas calidades de escritor y un insobornable sentido humano. Era una de esas almas universales, amplias y generosas que elogiaba Montaigne, abiertas a todas las cosas nobles y bellas de la vida.

Conocedor profundo de la literatura universal, respondiendo el llamado telúrico de su padre, en todos sus escritos se encuentra el sello de una pulcritud impecable impreso por su espíritu extraordinario de artista. Sus misivas personales, su trato cordial y la idea pura que trasciende de cada frase, revelan al hombre de una vasta cultura derivada del trato con los libros, los hombres y de su espíritu humanista. Luis Alberto Sánchez, que como polígrafo adquirió merecido prestigio intercontinental, le clasifica como el mejor escritor dotado de espíritu crítico, de cultura y amor a la palabra, a la exactitud y al matiz, de toda su generación, una de las mejores de la literatura peruana.

Sobrio, a la vez que profundo, llevado por explicables razones de amor filial y también por un claro deber a la cultura de su país —a incursionar en la obra de su padre, que es tan completa como pétrea en unidad y contenido, fue afinando su ingenio hasta hacer de su estudio labor científica. En ella encontró toda la gama de ideas y colores, de diversidad de géneros, de multiformidad de concepciones conducidas al fin de obra artística y de pensamiento. Con tal pléthora de materiales puros, reventando en copiosa profusión, absorbió cuanto en esfuerzo y contenido nos dejó González Prada, desde sus estudios literarios en torno a la obra de sus contemporáneos, como en la referente a capacidad crítica y poética. Sus estudios sobre el polirritmo sin rima y los agudos comentarios en torno comparativo con la poesía de su tiempo, pusieron al hijo en presencia de una de las figuras literarias del continente que, por carencia material de tiempo, no ha logrado desarrollar su propia obra.

Rota prematuramente su vida, cultivada para la admiración de la palabra como arte en este concierto universal para la liberación del hombre, con su desaparición extinguíose la última llama de una lámpara que durante dos generaciones

iluminó con su luz el camino por donde el hombre camina a tientas y tropezando. Vigilante a los acontecimientos que trastornan el mundo social, tuvo gestos y actitudes que demostraron su disconformidad con el medio en que le tocó vivir y, en la medida de su posibilidad, inundó la ruta de su paso por la tierra, con flores y acciones nobles que fueron jerarquía de un nombre ilustre.

Alfredo González Prada había recibido una educación humanística por herencia paterna. Ese legado espiritual constituyó en él un timbre de honor al que permaneció fiel, como prosecución de obra tan vasta y de hondo contenido como es la de su padre. Al contribuir con sus conocimientos a la mejor interpretación de González Prada y seguir las huellas de su permanencia, nos puso en contacto con circunstancias y detalles imprescindibles para la mejor interpretación del pensamiento pradiano.

Alfredo González Prada no alcanzó a ocupar bajo el cielo de América el sitio abandonado por su padre, tanto en ámbito como en resonancia continental. Pero si su vida efímera le hubiera deparado las condiciones esenciales para desarrollar sus facultades con la libertad indispensable a todo artista, no hay duda que encontraríamos en él a un continuador preclaro e igualmente rico en ideas y pensamiento. Poseía títulos perfectos para ello, como lo ha demostrado, para ser su representante más legítimo, por haberse introducido en las raíces mismas de figura tan prominente. Si no hubiera sido por la intimidad familiar que les unía, igualmente sería arrastrado al mismo estudio por el vigor personal que trasciende de tan alto valor literario y contamina el espíritu del hombre, los estilos y determina en el movimiento social de América, no la imitación, sino la emulación, la prosecución del movimiento renovador que había iniciado.

Alfredo González Prada, como periodista y escritor ingenioso, que actuó en batallas políticas de su país adoptivo y que adquirieron resonancia continental, fue atraído al campo de la poesía por vocación personal. Su labor más completa la desarrolló en este género literario, donde hizo gala de conocimientos y de ingenio diestros que condujeron a un nuevo estilo de asonancias asimétricas que luego serían seguidas por continuadores más persistentes. En estas composiciones huyó del rebuscamiento rítmico siguiendo los pasos de Rubén Darío para dotar cada verso de contenido superior en dinamismo y efectividad musical. Sin avocarse

de lleno al cultivo de esta modalidad, hizo composiciones melódicas que perviven por sus figuras e imágenes plasmadas ingenuamente como es de auténtica la poesía.

En su persona expiró el último vástago de la familia González Prada, de noble abolengo personal, de preclara inteligencia inclinada a la interpretación de los conflictos humanos. De irreductible conducta en todo terreno que pisara y de cualquier lid a que se le condujera, desconocía el término renunciamiento. Para él, presente al recuerdo de su padre, el hombre tiene un solo cometido al que le corresponde obedecer y es su conducta. Su nombre equivale a una declaración pública, a una confesión. Es preciso que el individuo haga honor a su personalidad y que cuando se le mencione sepa el mundo cómo, en qué medida y tiempo ha de actuar, como ayer, hoy, mañana y siempre, con esa rectitud de pensar y obrar y que recuerdan aquellos versos: "De Toledo es el acero que te encargo. Corto en palabras, pero en acciones largo".

Aparte de su actuación periodística y de sus prosas políticas, producto de circunstancias especiales porque desgraciadamente con frecuencia atravesó y continúa atravesando el Perú, González Prada cultivó con franco éxito la crítica teatral y artística. De las cosas y del arte igual que de la vida, tenía un sentido delicado, justo y emotivo. A él se entregó por vocación con devoción positiva. Y, al desprenderse de lo superfluo y conformista, hizo justicia en sus comentarios al extremo de enardecer opiniones adversas. No rindió pleitesía a normas estatizadas ni aceptó las voces del coro sibilino ni la adulación. Integro y ancho en el elogio, fue mesurado en el juicio adverso, condescendiente cuando el llamado de su conciencia tocaba la intimidad. Ha descubierto valores y contribuyó a su triunfo. Puso dulzura donde otros ecclares y, su paso por la vida, le indicó que había estado en lo cierto en intimar amigable, cordialmente con los hombres, que es el arte más difícil de alcanzar.

Sus poemas y traducciones de poetas extranjeros, en que se entretuvo en los momentos de solaz durante los últimos años, denuncian un espíritu formado en las más rigurosas disciplinas intelectuales. Habiendo ensayado los más diversos géneros literarios, consiguió independizarse de lo efímero y pasajero para introducirse en la médula de la obra artística. Su mentalidad equilibrada le permitió establecer alrededor del hombre un cerco espiritual de desagra-

vio. Habiéndose liberado de lo superfluo, trató de encontrar una definición de lo humano en el individuo, dignificando su función dentro de su mundo social, independiente de reglamentaciones y de verdades estatuidas, de conformidades y formulismos, del barroquismo aplanador que funde y repudre pensamiento e iniciativas.

Se ha formado este autor una filosofía particular en torno al tema de su preferencia. Dentro de su siglo, en el cual el hombre tiene que demostrar su audacia y poner a prueba su capacidad creadora para distinguirse de las otras especies animales, y dentro de la sociedad, los límites especulativos adquieran contornos de eternidad. Su sola candidatura como representante del tiempo le impone obligaciones y compromisos de tal magnitud que le privan del renunciamiento. Si desea perpetuarse tiene que ir delante del tiempo, correrle la carrera al futuro o sucumbir sin remedio. Es una ley inflexible a la que no puede burlarse so pena de verse entre sus engranajes y triturado.

Según Alfredo González Prada, si el individuo de nuestro tiempo no rompe con el instinto atávico que lo mantiene unido al pasado y no se enfrenta a los males de su época para colaborar en la resurrección del espíritu, "no es persona ni goza de los derechos de familia ni de los derechos de patrimonio; es una cosa" que le reduce a la condición de esclavo. Unicamente puede conservar la cualidad de salvaguardar los intereses de la comunidad si se hace responsable ante el conjunto humano, si establece una conducta de solidaridad si se somete a la ley que aplica esa responsabilidad. El hombre tiene que identificarse con la grandeza de los dioses. El desarrollo de sus facultades tiene que adquirir tal norma de acción combativa en su escala al punto de corregir las mismas imperfecciones de la divinidad.

Está demostrado que existen fenómenos de condición inferior que descienden el concurso del individuo y lo reducen en grado con respecto del conjunto animal. Hay seres humanos sin nivel de personalidad que empequeñecen su figura y borran la imagen de los maestros y los mártires. Tal aberración pone una mancha indeleble en la esfera del conocimiento, palidece la obra creada por el ingenio y pone rubor a la gloria del arte. La cesión de sus derechos políticos y sociales, la aceptación tácita de imposiciones extrañas, sin análisis, razón y obligación, constituye el cáncer de la época en que vivimos. No utilizando sus funciones intelectuales

y volitivas a tono con las exigencias del medio, canalizándolas al mejoramiento colectivo, se restringe en su acción y denuncia su inferioridad. La libertad jamás fue producto de adquisición gratuita, de cesión de su mismo ejercicio, de la firme voluntad de vivirla, de mantenerla a todo precio, en cualquiera que fuese el momento y la circunstancia. El renunciamiento, por delegación a dictadores y tiranos, conduce sin remedio a la esclavitud. Y el esclavo no es un hombre, sino un animal en cautividad.

En tanto la naturaleza, con el auxilio de la civilización encuzada por algunos elementos sobresalientes, se empeña en corregir los atavismos primitivos que nos atan al pasado, algunos ejemplares de nuestra especie se empeñan en ridiculizar la belleza, denigrar el ingenio, afear lo estético, retrotraer al plano más inferior de la escala zoológica lo elaborado para la grandeza y admiración de la humanidad. El primitivismo ancestral que arranca de los primeros estratos sociales se presenta investido con títulos honoríficos y aparecen dictando leyes y normas de conducta como un reto a la dignidad. Bien es cierto que existen animales irreflexivos, apáticos, que se conducen como seres inanimados, aparentemente incapaces de demostrar sentir emociones psíquicas. Los úecenicos han descubierto esa característica del animal domesticado que no por ello trepó las alturas dentro de la convivencia humana. Pero esto no es normativo. No responde ni representa al hombre dentro del concierto universal, "La base emotiva del concepto de personalidad en forma ilimitada, la calidad de sujeto de derecho está restringida". Sin embargo aun en estos casos existe un mínimo de obligaciones, deberes. Nadie puede excluirse de nuestro mundo, de actuar dentro de un marco sociable, poniendo siquiera el mínimo esfuerzo por sobreponerse, por contribuir con su presencia a la obra del progreso.

Desde los tiempos históricos, los fenómenos culturales y científicos de la humanidad, en cualquier terreno que se los analice, no son el producto de una obra colectiva en su sentido genérico, sino resultado del esfuerzo de unos pocos. La colectividad ha sancionado con el peso de su volumen, de su poderío, estatuído lo creado por el ingenio. La idea básica, el núcleo fue obra individual. Descubrimientos físicos, químicos, arquitectónicos, combinaciones de problemas abstractos, respondieron a la persistencia, tenacidad, constancia y perseverancia de unos pocos, perdidos dentro del conjunto,

imperceptibles casi. Ellos dictaron, dictaminaron y abrieron las rutas del progreso, trazaron los nuevos caminos al entendimiento, descubrieron nuevas constelaciones espirituales. Cuanto más nos remontamos a la historia, cuanta mayor intimidad aparece a nuestros ojos, más se oscurece el panorama de la civilización alcanzada. La fraternidad humana, esa entidad ideal que soñaron quienes vivieron milenios antes de nuestra era, aparece como algo difuso y nebuloso en punto a negar la eficacia de cuanto elemento contribuye a nuestra superación, ahogada bajo el peso de la ignorancia.

Desde el punto de vista filosófico, la humanidad no ha hecho sino repetirse, dice Alfredo González Prada. El mundo antiguo podría decírnos hoy las mismas palabras que a Platón el sacerdote de Menfis: "vosotros (oh, griegos, no sois más que niños), no conocéis nada de más antiguo que vosotros; ignoráis lo que os ha precedido y, en vuestro orgullo, creéis que con vosotros ha comenzado a existir el mundo". Pese a ello, ya sabemos pesar el pensamiento de los que vivieron milenios antes que nosotros, de los que nos enseñaron a armonizar y combinar líneas, amalgamar los colores en procura de adaptarlos a un nuevo gusto visual y estético, a mirar en perspectiva y descubrir, en ese panorama, los horizontes de la razón. Con un pequeño esfuerzo más no sabemos hasta dónde alcanzará nuestra voluntad creadora.

Formar una mentalidad cultivada en ambiente libre de miasmas, desprovista del contagio con virus de intolerancia, que aniquile la parte bestial que arrastramos como herencia pretérita, impone una autodisciplina, de firme voluntad conducida a un fin, que distingue a la figura humana de los semejantes de su especie. El hombre, que de la arena consiguió crear dioses y erigir monumentos a la libertad, medir el curso de los astros, atravesar la tierra en carrera más veloz que la del sol, necesita ya otro ambiente distinto del que respira en la tierra. Disconforme consigo mismo y con su obra terrena, trata de auscultar, pulsar los movimientos de otros mundos, escudriñar en su interior con el mismo afán con que estudió los problemas humanos. A dónde puede conducirnos esa avaricia del saber, ese cúmulo insatisfecho de sensaciones emotivas y plásticas que caracterizan el tiempo presente, queda todavía por descubrir. Mas lo cierto, lo que impone respeto y condición a la escala zoológica cuyo ejemplar más perfeccionado es el hombre, es que nadie podrá salvarse sin combate, eludir su parte de responsabilidad,

escapar a la influencia de sus efectos. Por muy debajo del nivel común en que el individuo se obstine en colocarse, desperdiando los valores que atesora por obra de la civilización, derrochando sin provecho ni gloria cuanto representa en el concierto universal como figura humana, esta cadena de finos eslabones que de todas partes le aprisionan, obliganle a hacer acto de presencia en este proceso, a expedirse sobre su propio problema.

Volvemos los ojos al pasado, en un gesto de generoso olvido por las horas que pasan, dice Alfredo González Prada. Los abuelos legendarios "que nos hicieron libres, tuvieron el ademán despreocupado del genio que esboza la obra y desdeña la mezquindad del detalle: nos dieron la libertad, confiándonos únicamente la labor de perfeccionarla. Los de ayer nos legaron a nosotros la gran tarea; nosotros confiaremos a las generaciones que hayan de sepultarnos la sagrada labor para la que nos sentimos impotentes". Su padre ha pronunciado el mismo pensamiento, con carácter de mensaje, en otras palabras y con distinta armonía. Mas veamos qué similitud, qué identidad de conceptos. Dirá con Montaigne que debemos la justicia a los hombres, como debemos la gracia y benignidad a las demás criaturas. "En las conciencias está la verdad". La "humanidad se inclina ante la perfección suprema de la naturaleza como los sacerdotes egipcios se posternaban ante los terneros blancos nacidos en los establos faraónicos". Y si no podemos exigir de cada hombre la moral de un Pitágoras, que compra la redada de peces para regresarla al mar, o el espíritu de justicia de un Montaigne, que adquiere pájaros enjaulados para devolverles la libertad", esforcémonos, sin embargo, por infundirle el convencimiento, la confianza, la certidumbre en sí mismo para hacer más ligeras las "faenas necesarias a la existencia", pues que solidariamente compartimos por igual los dolores inherentes a la vida.

Yo justifico, dice, a aquella persona que, "convencida de su error, puede volver al mundo y encausar sus energías por sendero normal de la naturaleza. Mas, triste suerte, por lo común, la del ser que enmienda el rumbo: viene a ser en la sociedad lo que el albatros de Baudelaire sobre el puente del navío. Comienza, entonces, la vida espantosa, la vida del desarraigado, del que impulsó su ideal por una senda de inercia, y debe luchar hoy, minuto a minuto, en combate incesante. Aquel ser es incapaz de acomodarse, de encasi-

llarse, de armonizar con los demás. Es un astro fuero de su órbita. Como el personaje de Wells, ha dormido largos años y la humanidad se ha adelantado a él". Yo disculpo "a aquellos hombres que van por el mundo en apostolado de fe, difundiendo la palabra de un credo", pero no a esas instituciones vetustas que se atraviesan: "una que pugna por no morir; otra que lucha por vivir mejor" y en la que llevan siempre la peor parte los mejores. De ahí que el combate sea permanente, de igual intensidad y la fuerza obliga en nuestro siglo a estrechar filas, a recurrir al auxilio de cada componente, en el interés común de salir con victoria, única que podrá hacernos más libres y más justos.

Ante la injusticia del padecer humano, agrega, "se rebela el corazón; ante la infamia de las desigualdades de clase, se subleva la conciencia. Todo hombre que piensa es, necesariamente, un revolucionario. Quién puede aceptar la ceguera y sordomudez del destino sin apuntar un puño a las nubes o palpar la iniquidad social sin sentir el impulso de levantar guillotinas. Para un espíritu libre, Lenín será siempre más grande que Job. Aspiremos a fresco pulmón la brisa fresca de rebeldía y regocijémonos de penetrar en ellas, guiados "por la palabra del hombre, porque mientras la humanidad coma su pan en la aflicción y beba su agua en el espanto", tendremos un motivo obligado de acudir en su auxilio. Respondamos al llamado de la conciencia. Si no lo hiciéramos, no sólo seremos vencidos, sino muertos.

Hagámonos la firme resolución "de conquistar el bienestar que nos falta y la libertad que ambicionamos: la propia autosugestión del deseo unánimemente deseado nos volverá capaces de obtener todo aquello que ahora nos sentimos impotentes de conquistar. Encaremos al futuro con optimismo y sepamos confiar en las recónditas energías de la raza; tenemos un deber sagrado que cumplir y, tarde o temprano lo cumpliremos".

Manuel González Prada había depositado igual confianza en el futuro. También para él, históricamente, venimos saltando pirámides de prejuicios. Y el hombre ha sido creado para plantarse ante la historia y desviar su ruta. Para enfrentarse a los hechos y superarlos. Hasta aquí, el pensamiento ha tenido que malgastar su vigor en incesante lucha contra sacerdotes, becerros de oro, "zarabandas obscenas de cultos fálicos", licencia y desenfreno, persecuciones y martirios, sin tiempo para la necesaria quietud de la inves-

tigación. Desde los caldeos a nosotros, apenas si el genio creó una que otra obra maestra, oscurecida luego ante la presencia de la libertad. Las hazañas victoriosas en contiendas sangrientas son sólo prolegómenos de lo que vendrá, de lo que esperamos y deseamos. Fuimos arrastrados a esta lucha incruenta, forzados por la situación y contra nuestra voluntad. No matamos voluntariamente, sino obligados, y las salpicaduras de la sangre están ocultas en las arrugas de nuestra frente. Como representantes de la humanidad, nos horrorizamos de cuanto hicimos por cuan mal empleamos nuestras vidas, por algo tan propio y natural como es la conservación del derecho a ser libres de obrar y pensar.

Pese a lo cruento de esta lucha de siglos, conseguimos, adquirir espíritu de visión, dominar ciertos problemas de convivencia social, poner alas a la fantasía, tomar contacto con el suelo en que residimos y comprenderlo, remontarnos al espacio, hablar con los astros y pronto llegaremos a ellos, conjurar maleficios, crear y abatir dioses y regiones, transportarnos a las regiones del arte y hacerlas residencia nuestra, iluminado con ritmo y ojos de humanidad.

Alfredo González Prada no alcanzó a conocer el desenlace de la última conflagración mundial ni auscultar, como nosotros, la caja de resonancia que pretende desencadenar el nuevo diluvio. Escuchó las palabras enfáticas de los líderes de nuestra época en arengas demagógicas de nuestros demócratas cristianos y los aullidos desenfrenados del vandalismo totalitario. Cuando cerró sus ojos, la victoria rondaba a las puertas de Europa. El, hombre de su tiempo, que había vivido un mundo en guerra permanente, vislumbraba una esperanza a corto plazo que prometía redimir a "esta humanidad que se desangra por la hemorragia más copiosa de la historia". Con experimentar otro de los más grandes desengaños por el rumbo de los acontecimientos políticos terminada la guerra, seguramente que su pensamiento se remozaría igual que el de su padre a raíz del desastre de la ocupación chilena al suelo en que nació.

Sin haber alcanzado plena madurez en reposo intelectual como Manuel González Prada, hubiera puesto de manifiesto, con amplitud de conceptos, un pensamiento particular, dinámico, agilizado y libre en estudios fecundos. La muerte le atrapó la víspera, muy de temprano. Discípulo del más grande escritor peruano de todos los tiempos, aquilató en trazos casi desconexos, en momentos hurtados, ideas

del contenido expuesto que nos ponen en conocimiento de un espíritu creado, cultivado y educado para la libertad. Con él extinguióse el último vástago de los González Prada, que históricamente y aun por muchos años perdurarán en la política y poética americana con acentos tan singulares.

